

por: José Arcadio
Columnista Sección Mano a Mano

La cuestión cultural y la identidad nacional han sido temas siempre presentes en el debate político puertorriqueño del presente siglo. La nación, la cultura nacional y la identidad nacional son los lugares reales e imaginarios de un debate histórico entre clases y sectores sociales que en su lucha por el poder político aspiran al control, no solamente del Estado y de sus aparatos represivos, sino también de las formas de conciencia y de las representaciones que adopta una colectividad.

El poder político, más allá de lo represivo, organiza el consenso en y mediante la cultura como red que, a través de la apropiación imaginaria del mundo, construye los códigos del sentido que hacen posible la comunicación y las relaciones sociales de un grupo humano. Al reflexionar en torno a la cuestión cultural y la identidad nacional debemos preguntarnos por las diversas representaciones a través de las cuales distintas clases y sectores, en pugna por el poder político, intentan imponer su hegemonía mediante la elaboración de diversas formas de conciencia que buscan imponerse en el imaginario de una sociedad.

Las viejas teorías que pretendían explicar la identidad nacional y la cultura como expresión de elementos biológicos como la raza o de cualidades metafísicas como el alma, la idiosincrasia o la psicología colectiva han caído en desuso por estáticas o ahistóricas y por conducir a una concepción idealista de la historia que confunde posiciones ideológicas con explicaciones científicas. La cultura y la identidad nacional comienzan a entenderse como las representaciones que distintas clases y sectores sociales construyen en el espacio del imaginario social y, por tanto, como una invención histórica.

I. Cultura y Poder

Los relatos sobre la nación y la identidad tienen por función la construcción de un sentido histórico colectivo. La elaboración de una historia nacional es la construcción de una memoria, es decir de un archivo que guarda los elementos constitutivos de la nacionalidad. Una memoria que incluye y excluye, que distribuye y jerarquiza los aspectos significativos que dan forma a la nación. Los diversos metarelatos sobre la nación, legitimadores o de resistencia, definen sus orígenes, sus procesos y su finalidad, así como sus gestos fundacionales y los sujetos heroicos. Podemos decir que en cada relato nacional hay una selección de sucesos y actores que se consideran piezas significativas en el rompecabezas de nuestra imagen nacional.

Las funciones que realiza una imagen colectiva varían de acuerdo al sector social y a las instituciones desde donde se produce y se difunde la misma y de acuerdo hacia quienes va dirigida. En el contexto de los grupos dominantes y de sus instituciones, la cultura y la identidad nacional sirven para legitimar las relaciones sociales de dominación organizando una identidad integradora que hace posible la cohesión social. La invención de la nación es un complejo proceso donde se elaboran máscaras, se practican olvidos y se inventan mitos unificadores que posibilitan la explotación y dominación de ciertas clases y del Estado sobre el conjunto de la sociedad. En esto que podemos llamar el discurso oficial, la cultura y la identidad nacional representan los elementos legitimadores e integradores del poder del Estado y de las clases dominantes.

En los discursos sobre la cultura y la identidad nacional encontramos también una función mediadora y de resistencia que juega un papel fundamental en la existencia de las clases y sectores subalternos. La identidad nacional es la imagen en el espejo, nuestro rostro contemplado como una afirmación de existencia, de diferencia frente a otros y de autovaloración. La cultura nacional es el sentido compartido y realizado como historia nacional, los elementos que nos permiten reconocernos y otorgarle una racionalidad a nuestra historia colectiva. La nación es lo que se posee a pesar de la expropiación histórica de la proletarianización y la emigración forzosa, lo que se defiende y lo que nos protege frente a la presencia imponente de la metrópoli, la suma de nuestras resistencias y por tanto de nuestras esperanzas.

Los discursos sobre la nación se producen y se difunden desde diversas clases, sectores e instituciones. Desde las élites tradicionales en instituciones como la familia, la iglesia, las revistas literarias, la prensa y los partidos políticos y donde se dibuja la

imagen de la nación tradicional. Desde la clase dominante y el Estado con sus aparatos ideológicos, principalmente la escuela, los institutos de cultura y la universidad, en los preámbulos de sus leyes y en la retórica de sus burócratas y que da forma a lo que denominamos discurso oficial. Desde clases y sectores que se adhieren a las imágenes de la industria cultural privada sostenida sobre el "boom" de los "mass-media" (radio, prensa, televisión, videocassetes, cable tv.) que hacen posible la transmisión de un discurso fundamentalmente desnacionalizador. Desde los sectores radicales, con sus partidos políticos, sindicatos, revistas y periódicos con un discurso que se mueve desde un enfoque tradicional y aristocrático a uno de carácter más socialista y popular. Por último, desde el pueblo mismo que hace y rehace una imagen de la nación que le sirva de respuesta a sus necesidades cotidianas y que podemos considerar como una autoimagen popular. La nación es el espacio en donde se realiza la lucha de clases y es lo que se disputa, real e imaginariamente, en esa lucha de clases.

II. Puerto Rico: la identidad como problema y la modernización salvaje.

Si la nación moderna es un fenómeno históricamente relacionado con la aparición y el desarrollo del modo de producción capitalista podemos decir que las transformaciones que sufre el sistema capitalista provocará cambios cualitativos en la lucha de clases y en los diversos discursos sobre la nación que pretenden imponerse como historia nacional. Cuatro siglos de dominación española interrumpidos por el gesto imperial del vecino omnipotente. Luego, durante el primer tercio del presente siglo, se afianzó un capitalismo agro-exportador dirigido por corporaciones norteamericanas que terminó, durante la década del '30, en una economía empanzanada donde se hundieron las esperanzas modernizadoras de diversas clases sociales. Desde los comienzos del presente siglo, el colonialismo económico y político obligó a una metafísica nacional.



El salto cualitativo es la modernización salvaje del capitalismo industrial. La nación agraria, dominada por corporaciones ausentistas y una élite terrateniente criolla, inicia su inserción en la corriente del capitalismo industrial norteamericano de la posguerra. Después de la crisis del '30 y la II guerra mundial, los capitales norteamericanos acechan en busca de zonas de inversión. El populismo abandona la corriente nuevotratista, ya moribunda en los Estados Unidos, y adopta como modelo la ficción liberal de modernización a través de la libre empresa y del libre mercado. Los vaivenes de esta modernización salvaje establecen los parámetros de nuestra realidad económica, política y cultural hasta nuestros días.

Carlos Monsiváis ha señalado como error político del discurso tradicional esta tendencia a identificar el progreso tecnológico con la ideología norteamericana y a exigir, a nombre de la patria, la renuncia a innovaciones y comodidades. Esta concepción confunde la lucha por la soberanía nacional y la independencia económica en lucha por la tradición y la autonomía cultural provocando dos

problemas claves del independentismo puertorriqueño. En primer lugar, su incapacidad para establecer en su proyecto de independencia un modelo de modernización económica, democratización política y desarrollo cultural. En el imaginario de la sociedad puertorriqueña la independencia ha quedado asociada a la crisis económica y la miseria, a la amenaza de formas políticas dictatoriales y a la defensa de valores culturales obsoletos para la sociedad moderna. En segundo lugar, la crisis de convivencia en una sociedad cada vez más alejado de la realidad y de un discurso sobre la nación cada vez más alejado de la realidad y de las necesidades de los sectores trabajadores. La trayectoria electoral del independentismo durante estos últimos cuarenta y cuatro años denota la crisis permanente de este movimiento político y una incapacidad alarmante para convertirse en una fuerza política con posibilidades de optar por el poder.

Más peligroso resulta la invención del "nosotros" que ha producido el independentismo para explicar sus derrotas: país de ingratos y adúlones, chusma perversa, docilidad atávica y por fin, el "científico" concepto marxista de enajenación. Colonialismo y enajenación he ahí la explicación de nuestra incapacidad histórica para la construcción del estado-nación independiente. El hombre enajenado de los Manuscritos del joven Marx es nuestra nueva metafísica nacional. Tras todo este esfuerzo de reflexión política y filosófica, el independentismo deja ver un fuerte desprecio por la masa que pretende redimir como protagonista de la historia nacional. Un desprecio por "nosotros" que es el desliz más peligroso que nos amenaza. El desdén por el "Otro" que realiza el discurso dominante se inscribe también en el imaginario independentista y un estereotipo se convierte en explicación de un problema político.

Tras el modelo de la masa enajenada domina la teoría de la desnacionalización victoriosa. El señalamiento de que las ideas de una sociedad son las ideas de la clase dominante de esa sociedad se convierte en sentencia fatalista. La nación desmantelada frente a la modernización victoriosa. Las masas no cumplen con su obligación histórica porque el imperialismo y el colonialismo les roba el "espíritu" y los agentes de la historia no terminan de sublevarse contra la realidad perversa de la explotación y de la dominación norteamericana. El temor a la pérdida de identidad se convierte en paranoia política y cultural. Por todos lados, la amenaza real o fantasmada se multiplica como complejo de castración.

III. El discurso tradicional: la nación cultural está en el pasado.

Con la modernización se redefine el debate nacional y cultural. Los sectores independentistas, que se movían entre el nacionalismo albizuista y el separatismo populista, van a verse reducidos por el doble juego de la represión y la industrialización. Sus respuestas a las nuevas modas de la modernización serán la defensa de una cultura e identidad nacional de acento marcadamente tradicional: hispanofilia, lengua materna, religiosidad católica, festividades religiosas y populares, formas de cocina, entre el casino aristocrático y el velorio de los miserables la música como expresión sublime del alma nacional. Las derrotas políticas y su incapacidad para asociar la cultura nacional y la identidad a un proyecto alternativo de modernización culminará en el pesimismo ilustrado de El puertorriqueño dócil de René Marqués, cuyo psicologismo pregona la derrota inevitable de la tradición frente a la modernidad.

El nacionalismo tradicional tiende a moverse entre el tono profético y el fatalismo. La modernización se ve como una cultura materialista desnacionalizadora frente a la que es necesario presentar una ética del valor y el sacrificio. El modelo en América Latina lo establece el Ariel de José Enrique Rodó como debate entre dos mundos: la civilización material representada por Norteamérica y la cultura o la espiritualidad representada por hispanoamérica.

El error principal del discurso tradicional consiste en separar a la nación de la modernidad, en definirlos como antipodas del proceso histórico: si quieres tu nación y tu identidad entonces rechaza la modernización y si quieres la modernización entonces te quedas sin nación e identidad. La nación colocada, en la premodernidad, es la ficción de un pasado puro alejado de los avances desintegradores del capitalismo agrario e industrial. La cultura nacional y la identidad, concebidas como esencias inmutables, se encuentra permanentemente amenazada por los embates de elementos externos y extraños que acarrea la modernización. En sus extremos, el tradicionalismo deviene xenofobia y rechaza por peligrosos los cambios y los avances del mundo moderno.